

## ¿CÓMO FAVORECER LA MOTIVACIÓN DEL ALUMNO?<sup>1</sup>

Agustín de la Herrán

La educación ha sido y será una forma de violencia. Quizá la más sutil y compensada, la más rentable y necesaria. Pero si la enseñanza se orienta bien, el aprendizaje no sólo no ha de suponer ningún dolor, sino que puede ser algo intrínsecamente grato. Hacer lo posible por *influir en la motivación del alumno* -al menos desde Quintiliano, Vives, Ratke o Comenio-, es un *indicador de buena enseñanza*. Con esta incorporación definitiva e irreversible a su quehacer, el trabajo docente, lejos de complicarse, se torna más complejo y se completa.

Pero *favorecer la motivación del alumno* no es, ni mucho menos, tarea fácil, ni a mi juicio, por lo general, se enfoca de manera correcta. Me explico. Si por *motivación* se entiende *la acción y el efecto de motivar -que a su vez es dar causa o motivo para algo-*, y *motivo* es *lo que activa y orienta los comportamientos*, podemos inferir que:

- a) La motivación se define por un *para qué* de naturaleza profundamente cognoscitiva y emocional que posibilita el aprendizaje. Sin *motivación*, no hay aprendizaje de calidad.
- b) Es imposible *motivar*, si por ello se entiende actuar desde los *motivos* de los alumnos, porque cada uno de sus comportamientos tiene causas propias. O como expresa el viejo aforismo japonés: “Se puede acompañar al discípulo a la orilla del río, pero no se puede beber por él”.
- c) La motivación escolar de los alumnos depende en gran medida de la actuación de los docentes y de las familias. De hecho, los intentos por promoverla son siempre agradecidos por la mayoría de ellos.
- d) Cada alumno es un mundo de vivencias distinto: lo que a uno le *motiva*, a otro puede que no o que lo haga en menor medida.
- e) Los alumnos *desmotivados* son muy pocos. Lo más frecuente es que sus *motivos* sean otros que los que los docentes creemos mejores para ellos.
- f) A la vista de algunas situaciones familiares, de algunos comportamientos de sus profesores y de algunas circunstancias personales, no nos debe extrañar que haya alumnos profundamente *desmotivados* o con otros *motivos*. ¿Cómo estaríamos nosotros en su lugar?

Si por *motivar* hemos entendido *favorecer el movimiento* (de los alumnos), la cuestión más importante y previa que inmediatamente nos asalta es: ¿vemos lo suficiente -tanto padres como profesores- para saber *hacia dónde y para qué*? *Ver* es un acto de conciencia que emerge del conocimiento, y *conocer bien* requiere humildad, estudio y un cierto esfuerzo adquisitivo. Este esfuerzo, realizado mediante el diálogo reflexivo y cooperativo, nunca debe deshacerse de la *duda*, su soporte más fiable. La *miopía*, que entiende mal los horizontes, puede causar disgustos mediatos.

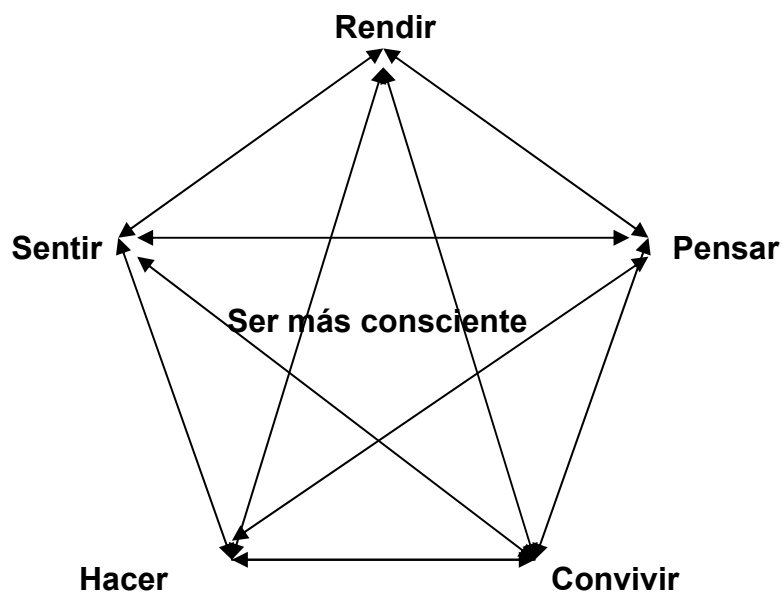
Por ello a veces es preciso mirar más allá de los modos heredados de hacer, de la tradición académica, de los sistemas de pertenencia o referencia, de los *ismos* con que nos identificamos, de los imperativos del sistema educativo... pero sobre todo de nuestro *egocentrismo individual o colectivo*, entendido como *dificultad para darnos cuenta de que, además de nuestro punto de vista o forma de entender la realidad, hay otros, quizá mejores*), porque puede generar en nuestras decisiones *parcialidad, sesgo o prejuicio*.

Si nos elevamos lo suficiente sobre el suelo quizá nos demos cuenta de que en una sociedad como la nuestra puede ser muy peligroso *enseñar sólo para rendir* o para *sólo adquirir aprendizajes significativos*. El horizonte de la Pedagogía -que quizá tenga algo que ver con nosotros- y por ende el *movimiento educativo de todos* debe llegar al *educar*

---

<sup>1</sup> Herrán, A. de la (2003). ¿Cómo Favorecer la Motivación del Alumno? *Biblos* (14), 4-5. Oviedo.

*para formar*. Y la formación, que tiene como columna vertebral la *madurez personal*, además del *rendir* ha de incluir otras esferas esenciales, como el *sentir*, el *conocer-pensar-estudiar-decidir*, el *hacer*, el *convivir-cooperar*, el *conservar el medio ambiente*, y el *ser más para ser mejores*.



El centro docente no ha de ser sólo un centro de instrucción, y la familia debe constituirse en un entorno educativo cada vez más consciente y mejor coordinado con la escuela. Sólo así, mediante la cohesión de ambas, la formación de nuestros hijos y alumnos puede verse reforzada y ser más eficiente. Y es que no estamos en la *sociedad del conocimiento*. Más bien nos encontramos en una *sociedad de pensamiento débil, voluntad descafeinada y mentalidad profundamente egocéntrica*, en la que la actuación *desde sí y para sí o lo entendido como propio* está tan extendido que pasa desapercibido. Y en la que la educación es casi una *contracultura*, porque se trata de una de las pocas fuerzas sociales capacitadas para contrarrestar la ausencia de norte o de anhelo de crecimiento de todos, más allá de las rentabilidades de los diversos sistemas sociales. Podemos deducir que el mejor antídoto es la *cooperación de frentes formativos* (nos referimos de nuevo al eje *escuela-familia*).

Por ejemplo, si bien los profesores pueden estar capacitados con un *arsenal de estrategias y técnicas de motivación*, su efectividad puede multiplicarse o inhibirse convergiendo, o no, con la *motivación favorecida* desde la familia. Para que ambas fuentes de educación puedan ensamblarse, es muy importante la *humildad*, el deseo de aprender y la preparación de todos como educadores. No nos podemos rodear en esta tarea crucial. La conciencia de que *nuestro ejemplo y coherencia* influye directamente en la motivación de los alumnos, y de que es absolutamente imprescindible que la *expectativa centrada en las calificaciones* pueda ver más allá y colocar su centro de gravedad en la *madurez personal* es un reto que no empieza en el alumno o el hijo, sino en nosotros mismos. Por tanto, si queremos *favorecer su motivación formativa*, seamos conscientes de hasta qué punto *influimos* en ella en primer lugar desde nuestra *ejemplaridad*. Quizá de este modo podamos orientar mejor su crecimiento, no sólo pretendiendo que puedan ser individuos competentes, sino personas capaces de *tejer* una

sociedad mejor, menos egocéntrica, más justa, más consciente y, sobre todo, más madura que la actual.